

del Señor pidiendo en las oraciones ser liberados de todo mal. Los himnos que adornan esta fiesta fueron redactados por los más grandes himnógrafos: San Andrés de Creta, San Cosme, San Juan Damasceno y San Germán Patriarca de Constantinopla en el siglo VIII y San José Obispo de Tesalónica en el siglo IX.

Los Padres de la Iglesia nos hablan hoy

Hoy: Sobre la Praxis y la contemplación y sobre el Sacerdocio

6) Así como después del relámpago surge el esperado trueno, de igual modo, donde reaparece resplandeciente el perdón divino, las oleadas pasionales se mitigan; y donde sucede esto, le es agregado a quien lo ha alcanzado también el premio de la bienaventuranza. Pero no hay misericordia divina ni esperanza de impasibilidad en una alma que ama más al mundo que al Creador; que está sujeta a las realidades visibles y acepta completamente los placeres y los goces carnales.

7) No busques con el intelecto qué es y dónde está la divinidad; es en efecto, supersubstancial y no permanece en ningún lugar y está más allá de todo. Contempla sólo, dentro de lo posible, al Dios Verbo circunscrito, que resplandece por la naturaleza divina y que, aunque parece estar en un determinado lugar, está en todas partes, por la incircunscripción de la divinidad. Sin embargo, conseguirás la iluminación en la medida en que seas purificado.

8) Cuando no eres importunado por ninguna pasión y en tu corazón aumenta el divino deseo, y cuando, juzgas a la muerte como un sueño y no le temes, más bien ansías partir, entonces habrás adquirido el premio de la salvación en su debida forma y llevarás dentro de ti el Reino de Dios, gozando de una alegría inefable.

Teognosto el más vil indigno del mundo entero

Costumbres

Presentar a los niños a los 40 días del nacimiento

A los cuarenta días de haber nacido un niño es traído por su madre a la Iglesia Ortodoxa para presentarlo en el templo y ante la comunidad de la misma manera que la Madre de Dios hizo con Jesús. En ese día también está presente el que va a ser su padrino en el bautismo. Estando en las puertas de la Iglesia el Sacerdote dice una serie de oraciones entre las que destacamos la siguiente: “Señor, nuestro Dios, que a los cuarenta días de tu nacimiento fuiste presentado en el templo por tu Santísima Madre, la Virgen María y que fuiste llevado en los brazos del Justo Simeón; Señor Todopoderoso, bendice este niño que te presentamos a Ti, Creador de todo, y haz que crezca en toda obra buena y agradable a Ti. Expulsa de él, por la señal de Tu Cruz, todas las fuerzas, enemigas, pues Tu Señor cuidas de los niños; para que mereciendo el Santo Bautismo, obtenga la suerte de tus elegidos en Tu Reino, siendo protegido junto con nosotros por el poder de la Santísima Trinidad, consubstancial e indivisible, porque te es debida toda gloria, honor y adoración, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.”

Los evangelios de la semana

Lunes 2:	San Mateo 15:21-28
Martes 3:	San Lucas 2:25-38
Miércoles 4:	San Marcos 12:28-37
Jueves 5:	San Marcos 12:38-44
Viernes 6:	San Marcos 13:1-8
Sábado 7:	San Lucas 18:2-8
Domingo 8:	San Lucas 18:10-14



La Voz del Señor

Año VIII - Nro 5 - 1 de febrero de 2009
Día de la Presentación del Señor en el Templo

Los tres testigos del Niño

“Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor”

En ocasión de la Presentación del Señor en el Templo se manifestó un testimonio y una presencia que aparecen por primera vez. Era un verdadero encuentro del hombre con Dios, ya que la fiesta se llama, en griego, “la fiesta de la salida al encuentro de Dios” (Η υπαπαντή του Θεού). Es impresionante la delicadeza y sutileza de la escena que se desarrolla ante nuestros ojos. En un momento tan simple, tan cotidiano o ritual, Dios se ofrece al hombre, y el hombre lo recibe en sus brazos.

José y María trajeron a Jesús al Templo para cumplir con un rito judío a los cuarenta días de su nacimiento. En esta oportunidad se orquestaron de repente varios testimonios.

En efecto, Jesús no fue recibido por los sacerdotes, sino que apareció un anciano, el justo Simeón, quien era la primera persona que recibió al Señor después de su nacimiento, y también la primera en tenerlo en sus brazos, seguramente después de la Virgen María. El primer testimonio surgió del mismo Simeón, cuando dirigió unas palabras de agradecimiento a Dios y otras proféticas a la Madre de Dios, revelándonos el misterio de este niño que iba a crucificarse para la caída y el levantamiento de muchos. Simeón testificó: “Mis ojos han visto tu salud, la que has preparado ante la faz de todos los

pueblos; luz para la iluminación de las gentes y gloria de tu pueblo Israel”.

Al mismo tiempo, escuchemos el segundo testimonio que consistió en la alabanza de la profetisa Ana, quien “hablaba de Él a cuantos esperaban la redención de Jerusalén”.

El tercer testigo es más discreto, invisible e imperceptible. Es el agente, el articulador y el montaje de todo este encuentro. Si examinamos lo relatado en el evangelio lo vamos a descubrir sin dificultad. En realidad, la escena que se presenta tanto a nosotros cómo al mismo Simeón y la profetisa Ana, es realmente extraña porque las apariencias pueden llevar a confusión a los más inteligentes, piadosos o sabios. Ya que quien se presenta en el Templo no es aparentemente un Dios, sino un niño: es mudo y no puede presentarse; es impotente y no todopoderoso. Dios se revela y se manifiesta en la revolución o la reversión del orden natural de las cosas: Quien sostiene la creación está sostenido en los brazos de Simeón; y Quien da la razón, la inteligencia, la lógica y las palabras a los hombres es ahora un niño que no puede hablar, mientras que el hombre, un anciano, habla y lo recibe. En lo que, para nuestro razonamiento, parece ser al revés, se mostró indudablemente la verdad.

A pesar de esta apariencia de flaqueza ilógica, el tercer testigo nos introduce a la realidad que se abre ante los ojos de Simeón. Es el Espíritu Santo quien testifica al verbo de Dios, ya que Él había revelado a Simeón hace mucho tiempo “que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor”. Es Él quien reveló a Simeón la presencia del Señor en el templo, porque “movido por el Espíritu Santo, vino al Templo, y al entrar los padres con el niño Jesús (...), Simeón le tomó en sus brazos”. Es Él también quien reveló la misión de este niño hasta que “su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de Él (Jesús)”, una misión que iba a terminar en la cruz, este “signo de contradicción” puesto “para caída y levantamiento de muchos”, refiriéndose a las burlas

de los judíos y también a la confesión de fe tanto del centurión como del ladrón que se hallaba a la derecha el Señor.

En realidad, el testimonio del Espíritu Santo abrió la escena fuera de los límites del espacio temporal y espacial hacia la eternidad que llega a nuestra historia y nos transforma en portadores de la eternidad. Si el anciano Simeón se llama, en nuestra tradición, *“Portador de Dios”*, por haber tomado a Jesús en sus brazos, nosotros somos más bienaventurados que él por tomarlo a Jesús en la Santa Comunión, tenerlo adentro de nosotros y no en la mano; por lo tanto, somos *“Portadores de Cristo”*, o más bien, *“cristianos”*, por ser revestidos de su presencia y transformados por su gracia. Si el anciano Simeón fue tan transformado de alegría a ver al Señor que pidió: *“Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, según tu Palabra”*, o sea morir por haber visto a Dios, ¿cuanto más, pues, nosotros quienes Lo comulgamos debemos tener este deseo de morir para estar con Él para siempre, o vivir de manera conforme a este deseo? Es cierto que el evangelio nos invita a que seamos testigos de este Niño, junto con Simeón y Ana, por la conducción del Espíritu.

Ojala agradezcamos a Dios esta infinita misericordia testificando sobre ella, y nos volvamos dignos portadores de su gracia por nuestra asiduidad espiritual diaria, entregándonos a la acción del Espíritu Santo por la paciencia y la esperanza que caracterizaron al anciano Simeón. Amén.

+ Metropolitano Siluan

Tropario de la Presentación (Tono 1)

“Salve, Virgen Madre de Dios Llena de Gracia, porque de ti apareció brillando el Sol de la Justicia, Cristo nuestro Dios, alumbrando a los que están en las tinieblas. Regocíjate, ¡justo Anciano!, que recibiste en tus brazos al Redentor de nuestras almas, que nos otorgó la Resurrección”.

Kondakio (Tono 1)

“¡Cristo Dios!, Tú que por Tu Nacimiento santificaste el vientre virginal y bendijiste, como es digno, las manos de Simeón; y ahora nos alcanzaste y nos salvaste. Conserva en la paz a Tu rebaño durante las guerras y afirma a los Gobernantes que amaste, Porque eres el Único Amante de la humanidad”.

Carta a los Hebreos (7:7-17)

Hermanos, pues bien, es incuestionable que el inferior recibe la bendición del superior. Y aquí, ciertamente, reciben el diezmo hombres mortales; pero allí, uno de quien se asegura que vive. Y, por así decirlo, hasta el mismo Leví, que percibe los diezmos, los pagó en la persona de Abrahán, pues ya estaba en las entrañas de su antepasado cuando Melquisedec le salió al encuentro. Pues bien, si la perfección se alcanzara por el sacerdocio levítico -pues de él recibió el pueblo las leyes-, ¿qué necesidad había ya de que surgiera otro sacerdote a la manera de Melquisedec, y no “a la manera de Aarón”? Porque, cambiado el sacerdocio, necesariamente se cambian las leyes. Pues aquel de quien se dicen estas cosas, pertenece a una tribu, de la cual nadie sirvió al altar. Y es bien manifiesto que nuestro Señor procede de Judá, una tribu que no menciona Moisés al hablar del sacerdocio. Todo esto es mucho más evidente aún si surge otro sacerdote a la manera de Melquisedec, que lo sea, no por ley de sucesión carnal, sino por la fuerza de una vida indestructible. De hecho, está atestiguado: Tú eres sacerdote para la eternidad, a la manera de Melquisedec.

Santo Evangelio según San Lucas (2:22-40)

En aquél tiempo, cuando se cumplieron los días en que debían purificarse, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la Ley del Señor: Todo varón primogénito será consagrado al Señor y para ofrecer en sacrificio

un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor. Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Era un hombre justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo. El Espíritu Santo le había revelado que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movido por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: “Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a las gentes y gloria de tu pueblo Israel.” Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: “Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y como signo de contradicción - ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!- a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.” Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada. Casada en su juventud, había vivido siete años con su marido, y luego quedó viuda hasta los ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. Presentándose en aquella misma hora, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él.

¿A quién conmemoramos hoy?

El 2 de febrero la Iglesia celebra la Presentación del Señor

En el día de hoy la Iglesia celebra un importante evento de la vida terrenal de Nuestro Señor Jesucristo que se recuerda en el Evangelio. Cuarenta días después de su nacimiento, el niño

Jesús fue llevado al Templo de Jerusalén, el centro de la vida religiosa de la nación. De acuerdo a la Ley de Moisés (Lev 12:2-8), una mujer que había dado a luz un niño no podía ingresar al templo por cuarenta días. Cuando pasaban estos días, la madre debía presentarse en el templo con el niño y presentar un sacrificio, ya sea un cordero o un par de tórtolas como sacrificio de purificación.

En ese momento San Simeón el anciano (3 de febrero) vivía en Jerusalén. Le había sido revelado que no moriría hasta que viera al prometido Mesías. Inspirado por el Espíritu San Simeón fue al templo en el mismo momento en el que María y José traían al niño para cumplir con la ley.

Simeón tomó al niño y dando gracias a Dios dijo por primera vez las palabras que repetimos en toda celebración de las Vísperas: *“Ahora Señor, puedes despedir a Tu Siervo, porque mis ojos han visto Tu salvación, la que has preparado a la luz de las naciones y que es gloria de Tu pueblo”*. San Simeón le dijo a la Madre de Dios: *“Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y como signo de contradicción ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma! a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones”*.

En el mismo templo estaba una viuda, profetiza, de 84 años quien estaba todo el día en el templo sirviendo a Dios. En el ícono aparece ella llevando una frase que dice: *“Este niño ha establecido los cielos y la tierra”*.

La fiesta de la Presentación del Señor es una de las más antiguas fiestas cristianas. Tenemos sermones de esta fiesta pronunciados por Metodios de Patara (+312), Cirilo de Jerusalén (+360), Gregorio el Teólogo (+389), Anfiloquios de Iconio (+394), Gregorio de Nizza (+400) y Juan Crisóstomo (+407).

En 528, durante el reinado de Justiniano, un terremoto mató mucha gente en Antioquia y en 541 una terrible plaga ingresó a Constantinopla. Ante estos dos eventos la Iglesia comenzó a hacer una celebración más formal de la Presentación